

## II.

## EL ERMITAÑO.

RATO hacia que dejara ya atrás el castillo, rato hacia que siguiendo el camino del torrente indicado por su amante, la joven mora andaba á la ventura sin que supiera á punto fijo donde se dirigia, donde encaminaba sus vacilantes pasos.

Sin embargo, tenia confianza en Dios, en el Dios de los cristianos, y seguia andando, venciendo las sinuosidades del terreno, murmurando en voz baja una plegaria que le habia enseñado Rodrigo.

Llegó un momento no obstante que, rendida por su emocion, fatigada, falta de fuerzas, Anhuba se detuvo para tomar aliento y se apoyó en el tronco de un árbol. Se hallaba en un paraje salvaje y solitario; la luna heria una masa imponente de árboles que se alzaba no lejos de ella; todo estaba desierto; el viento zumbaba con eco triste entre las ramas, y algun pájaro nocturno iba de cuando en cuando á pasar por delante de sus ojos rozando casi su peregrino rostro.

Anhuba sintió algo como una sombra de miedo. Pensó que acaso estaria cerca del pueblo de Ullés, cerca de la vivienda del cazador, y llevando el silvato á sus labios dejó escapar, promediados por unos intervalos, tres agudos silvidos.

En seguida esperó.

Pocos momentos despues, un grave y lento paso sonaba en el bosque y saliendo de entre el ramaje, un hombre á la luz de la luna comparecia ante la jóven.

No era el cazador, era un ermitaño. Luenga barba le llegaba hasta el pecho, burdo sayal le cubria, una grosera cuerda le ceñia el talle, un palo corvo apoyaba sus pasos. Al ver aparecer aquel hombre, que no era el que buscaba, Anhuba dejó el tronco y se hizo atrás. El ermitaño por su parte se detuvo tambien sorprendido á la vista de la mora.

Sin embargo, no tardó esta última en conocer que el hombre que tenia delante era uno de esos piadosos anacoretas de esos respetables solitarios que para cumplir un voto ó espiar una falta, iban las mas de las veces á sepultarse en las entrañas de un monte para rezar, humildes y contritos, cara á cara con Dios, en el seno de una cueva y entre el silencio de un bosque.

Así es que, recobrándose pronto de su primer movimiento, se arrojó á los piés del hombre que Dios allí le deparaba y exclamó:

—Santo varon, si sois un enviado del cielo, protejedme!

—Pobre puede ser la proteccion de un ermitaño, hija mia,—dijo con voz pausada el solitario;—pero antes esplicadme.... esos silvidos que han rasgado el aire....

Yo los he dado,—interrumpió la jóven.

—Vos!

—Sí, para llamar á un cazador que debe habitar no lejos de aquí, al cazador Poblet.

—Al cazador Poblet!—exclamó lleno de asombro el ermitaño,—y qué es lo que á vos os mueve á ir en busca de Poblet el cazador?...

—Oidlo!

Y entonces allí, á la luz de la luna, al susurro de los árboles, en el corazon de la montaña, la bella mora contó con espresion ingénua toda su triste historia; contó el favor de que gozara un tiempo con el rey Almira Almuminiz; como conoció al cristiano esclavo; como amó á Rodrigo; como fué iniciada por este en los misterios de su religion; como debian partir juntos aquella misma noche al encuentro del cazador, y como en fin á la hora de la cita ella, la pobre muger, habia ido en busca de su amante y habia solo encontrado un cadáver. Nada le ocultó, nada: ni aun el juramento de venganza que hiciera sobre el helado cuerpo de Rodrigo.

Cuando hubo concluido su relacion, el ermitaño que atento la habia escuchado, le dijo:

—Regocijaos, hija mia! ante vos teneis al que buscáis. Sí,—continuó viendo que la jóven hacia un movimiento,—Poblet el cazador es hoy el anacoreta Poblet.

—Vos!

—Yo mismo que estando en oracion en mi solitaria cueva, he oido la seña y he conocido el silvato que diera un dia á un hombre que me salvó la vida. Héme por ello apresurado á acudir. Juzgad de mi sorpresa cuando en lugar del caballero he visto á una mora.

Vos Poblet! vos? — dijo Anhuba que no acertaba á creer.

— Os admira hallar al cazador convertido en ermitaño? es tambien otra historia que á mi vez voy á contaros. Oid. Habíame un día retirado tarde á mi humilde choza, rendido por el trabajo de la jornada y apresureme á tender mis fatigados miembros en mi pobre lecho en busca del apetitoso descanso. Acababa apenas de cerrar los párpados á impulsos de una grata soñolencia, cuando un ruido como el de un trueno cercano me despertó y una luz viva y espléndida penetró en mi habitacion. Incorporéme asombrado; un suave aroma se habia esparcido por la estancia y un coro de voces angélicas resonó en mi oído. Algo sobrenatural tenia lugar allí, algo divino. Me arrojé del lecho y con las manos plegadas, con los ojos dirigidos al cielo, con el corazon embargado de una felicidad inmensa, caí de rodillas, en oracion, en éxtasis. Dios se dignaba hacer un milagro en favor de su humilde siervo. Una voz resonó de pronto, una voz débil como el silvido de una flecha que pasa rasgando los aires. Apenas pude oirla. «Poblet, dijo la voz, en la cueva de Lardeta falta un solitario. Un dia ha de llegar en que esa ignorada cueva se convertirá en una de las casas de Dios mas famosas del universo, casa que el Señor te ha elegido á tí para que le des tu nombre. Humíllate, Poblet, y bendice el santo nombre de Dios!» Otro trueno retumbó entonces, calló la voz, desapareció la luz, estinguióse el aroma que llenaba mi morada, y yo me quedé con la frente en el polvo golpeando mi pecho y bendiciendo con toda la efusion de mi alma cristiana al Dios que se habia dignado enviarme á uno de sus celestes mensajeros para nombrarme su elegido en la tierra. Al siguiente dia, ya podeis imaginároslo, salí de Ullés y vine á esperar en la cueva de Lardeta, donde paso el dia y la noche entregado al ayuno, á la oracion y á la penitencia, el ansiado instante en que se cumplan los designios del Eterno.

Cesó de hablar el solitario. La mora miraba con respeto á aquel hombre que habia oído la palabra y habia sido elegido por los designios de Dios.

Poblet se levantó.

— Seguid mis pasos, — dijo á la jóven, — os llevaré á mi cueva.

Anhuba se dispuso á obedecerle. Mientras la conversacion de nuestros dos personajes, la noche se habia ido retirando á pasos agigantados; el alba riente empezaba á asomar sus pálidos resplandores. Habíase ya internado en el bosque el anacoreta seguido de la jóven mora, cuando repentinamente el viento llevó hasta ellos los ahullidos de una jauria.

— Oh! — gritó Anhuba deteniéndose.

— Qué es eso? — exclamó Poblet: volviendo tranquilamente la cabeza.

— Oís?... Son los perros del rey de Ciurana que ahullan. Padre, se habrá notado mi desaparicion del castillo y Almira Almuminiz habrá lanzado sus mastines en mi busca. Perdidos somos!

Poblet se sonrió.

— Y nuestra confianza en Dios? — dijo.

— Es que vos no sabeis, padre, — continuó la jóven, — lo que son los perros de Ciurana. El rey los tiene acostumbrados como si fueran fieras á destrozár los cristianos: siguen la huella del hombre en el bosque, dan con la mas secreta morada y...

— Tranquilizaos, — interrumpió Poblet, — por fieros que sean, vos los vereis tenderse tranquilamente en el suelo á mi aspecto. Á la voz de San Antonio, los mismos leones cavaron en el desierto la huesa en que enterró á San Pablo.

Respiraba tal confianza y seguridad la palabra del solitario, que Anhuba depuso su momentánea zozobra y le siguió llena de valor y resignacion.

Llegaron á la cueva de Lardeta, sin haber dejado de oír, y cada vez mas claros, mas distintos, mas próximos, los ahullidos de la jauria. Un murmurador arroyo rodaba en la boca de la cueva sus olas de plata, como si una mano invisible le hubiera allí colocado para apagar la sed del ermitaño.

Al llegar á aquel sitio, Poblet se encaminó á un árbol inmediato, arrancó dos ramas y formando con ellas una cruz, la clavó en el suelo á pocos pasos de la cueva. En seguida dirigiéndose á la mora,

— De rodillas, Anhuba! — la gritó.

La jóven cayó de rodillas junto al lecho del arroyo. El anacoreta se acercó murmurando una plegaria, inclinóse hasta recoger con el hueco de su mano una porcion del agua cristalina que á sus piés corria, y dejola caer sobre la cabeza de la mora pronunciando unas palabras que Anhuba no comprendió. Terminada esta ceremonia, Poblet dijo á su compañera con voz solemne:

— Dios te ha admitido entre sus hijos, eres ya cristiana. De hoy en adelante llevarás el nombre de la mártir barcelonesa. Levántate, Eulalia!

Y la jóven se levantó llena de júbilo el alma, resplandeciente de alegría el rostro.

Unos terribles ahullidos sonaron entónces á pocos pasos.

— Oh! ya están aquí! gritó la nueva Eulalia con una indecible espresion

de terror arrojándose hacia el solitario como para escudarle con su cuerpo.

— Oh! ya están aquí, pero me matarán á mi primero.

Poblet alargó el brazo y apartó á la jóven.

— Tranquilízate, hija mia, — dijo; y señalando la cruz que poco antes habia formado con las ramas, añadió: — basta esa cruz para impedirles el paso.

Acababa apenas de pronunciar estas palabras, cuando la vega de Lardeta en medio de la cual sobresalia la cueva que habia tomado su nombre, se vió repentinamente invadida por una multitud de perros y de moros á caballo. Al frente de los sarracenos descollaba el mismo rey de Ciurana montado en un soberbio alazan que barria el suelo con sus crines.

— Allí está, — gritó Almira Almuminiz al divisar á su favorita. — Adelantel!

Y hombres, perros y caballos se precipitaron á un tiempo.

La jóven arrojó un grito, cubrióse el rostro con las manos y se estrechó contra el ermitaño que esperó á pié firme, sin retroceder de una línea. O prodigio! al llegar cerca de la cruz, los perros se detuvieron, los caballos se pararon impedidos de avanzar como por una fuerza sobrehumana. Solo el rey de Ciurana quiso esforzarse en pasar adelante y tropezando su corcel derribó en el polvo á su ginete.

Almira Almuminiz se levantó rugiendo de cólera.

— Qué es eso? — exclamó. — Quién me impide el paso?

— Yo, dijo la voz tranquila de Poblet.

— Tú! y quién eres tú?

— Un humilde ermitaño, un pobre siervo del Dios único y verdadero.

— Mientes! — gritó el moro. — La Allah al-la Alla & akbar Allah (1).

Poblet se sonrió con desprecio.

— Voy á hacerte despedazar vivo por mis perros, — exclamó el régulo de Ciurana exasperado.

Y mandó dar de latigazos á la jauria, pero todos los perros se tendieron en el suelo: el mismo rey probaba de avanzar y no podia. Almira Almuminiz palidecia de ira. Así es que crispando sus puños y amenazando con ellos al anacoreta, exclamó profiriendo una blasfemia:

— Perro infiel, toda esta vega daria por tenerte aunque fuese solo una hora en mi poder.

(1) No hay mas Dios que Dios y Dios es grande.

— Moro, — dijo entónces Poblet, — acepto tu palabra, prométeme la vega, júrame que dejarás partir sana y salva á mi compañera y me entrego á tí.

— Por Alá te lo juro! — exclamó el moro que ansiaba por de pronto hacerse dueño á todo trance de la persona del solitario sin reparar en los medios.

— Eulalia, — dijo entonces Poblet volviéndose hacia la jóven, — tu mision te llama á otra parte, encamínate al sitio donde la fama te diga que está el conde de Barcelona, preséntate á él, dile que Ciurana y Prades le esperan, que los moros que las dominan son débiles, que bastará un puñado de valientes catalanes para arrojarles de sus cimas. Corre, no te detengas, no vuelvas sin traer contigo á un ejército de héroes, piensa en la sangre del pobre mártir que clama venganza. Parte, y escudada por esta cruz atraviesa sin miedo por entre la turba de infieles.... Dios te guia!

En seguida el anacoreta arrancó del suelo la tosca cruz y se la dió á la jóven.

— Y ahora, — añadió, — avanza, rey de Ciurana, pero antes abrid, abrid paso á la que sigue su camino escudada por la proteccion de Dios!

Sobrecogidos los moros hiciéronse respetuosamente á un lado cual si á un poder desconocido obedecieran, y entonces fué de ver como con reposado ademan, con serena frente, con tranquilo paso, con la sonrisa en los labios, alzando en alto la tosca cruz de ramas, pasó por entre toda aquella turba de rostros feroces, de desalmados sarracenos, la muger que un dia reinara en el corazon de su rey, sin que uno solo se atreviera á estorbarla el paso, sin que un solo brazo se adelantara para detenerla en su camino. Almira Almuminiz mismo se callaba, parecia como lleno de estupor y la seguía atónito con la vista.

Cuando la jóven hubo desaparecido, cuando todos aquellos hombres empezaban á moverse asombrándose de no haberse sentido con fuerzas para detener á una muger indefensa, Poblet dió un paso y dijo sosegadamente:

— Aquí estoy, rey de Ciurana, cumplida está mi palabra; cumple la tuya.

— Lo único que tú mereces, perro cristiano, — exclamó rugiendo de cólera Almira Almuminiz, — es que maniatado como al mas vil de los esclavos te lleve á mi castillo de Ciurana y te haga pudrir en la mas profunda de sus mazmorras.

Y á una seña de su caudillo, varios sarracenos se arrojaron sobre el ana-

coreta que se dejó atar sin oponer la menor resistencia. Así fué llevado al castillo y hundido en un subterráneo calabozo.

Al siguiente día un azorado servidor se presentaba al rey moro y le daba parte de haber desaparecido el solitario durante la noche.

Almira Almuminiz recibió esta noticia con asombro, quiso enterarse por sus propios ojos, bajó á la mazmorra, la registró y, no pudiendo ya dudar de la verdad, montó precipitadamente á caballo y seguido de algunos pocos tomó á escape la direccion de la vega de Lardeta.

Allí, sentado en el umbral de la cueva, pacífico y tranquilo, estaba el anacoreta que, como la vez primera, al ver á los sarracenos dirigirse contra él, formó otra cruz con dos ramas y la fijó en el suelo. Los infieles quisieron avanzar, pero cuantos lo probaron rodaron por tierra, ginetes y cabalgaduras, á pocos pasos de la cruz.

—Qué es eso y qué poder mágico te ausilia?—gritó el moro de Ciurana.

—No es ningun poder mágico; es Dios que protege á su humilde siervo. Prométeme, como ya me prometiste ayer, que me harás donacion de la vega, y volverás á tenerme en tus manos.

Prometióselo Almira Almuminiz, y entonces Poblet, pasando por delante de la cruz, se dejó atar y conducir al castillo, donde olvidando el moro su promesa, lo mandó bajar á otra profunda mazmorra de la que no se partió hasta ver al solitario sugeto á una argolla por una firme cadena, y hasta despues de haber mandado que dos guardias velaran toda la noche con luz en la estancia. Cuando todo estuvo conforme á sus deseos:

—Veremos si hoy te escaparás, — dijo al salir.

—Veremos, — contestó lacónicamente Poblet.

Al día siguiente, el anacoreta habia desaparecido. Los soldados se habian dormido, la luz se habia apagado, la cadena se habia desprendido sin violencia de la argolla, la puerta en fin se habia abierto por sí sola.

—Oh! — dijo el moro al saber esta noticia —tercera vez voy á aherrojar á Poblet, y si por tercera vez se me escapa, creeré entonces que un poder divino le socorre y darle hé la vega que habita. Lo juro por la tumba del Profeta!

Nuevamente fué maniatado el ermitaño al que se halló en su cueva; nuevamente fué bajado á la mazmorra quedándose aquella vez á vigilarlo el mismo rey, pero como la primera, como la segunda vez, los sonrientes albores de la mañana hallaron ya en su cueva de Lardeta al solitario, transportado allí como las dos anteriores por divina misericordia.

Ya no fué asombro lo que entonces sintió el rey, fué terror, fué mie-

do de aquel poder omnipotente y misterioso que adormeciendo á sus guardias, arrancaba de entre los hierros á un prisionero para depositarlo sano y salvo, y por tres veces consecutivas, en un punto lejano.

Acaso entonces comprendió y admiró en secreto toda la grandeza de esa religion que sus padres y su país le habian enseñado á aborrecer. Lo cierto es que subiendo á su estancia en tanto que le ensillaban su corcel, escribió de prisa algunas líneas en un pergamino que arrolló y puso en su cintura. Pocos minutos despues, montaba á caballo y, no acompañado de una lucida escolta como las veces anteriores, sino solo y sin armas, bajó hasta la llanura de Lardeta.

El huésped de la cueva se hallaba como de costumbre sentado al umbral de su mansion. Aquella vez pudo el rey moro acercarse sin tropiezo al solitario, en cuyas manos dejó el pergamino diciéndole:

—Me has vencido, Poblet. De hoy mas serás sagrado para mí. La proteccion del rey de Ciurana escuda tu persona y el territorio de que es este pergamino el acta de donacion.

El ermitaño desplegó el pergamino y leyó lo que sigue:

«En el nombre de Dios piadoso, apiadador y la salvacion de Dios sea sobre Mahoma su Profeta honrado, sobre él, y los suyos, y loores á Dios el uno. Esta es la donacion del honrado rey Almira Almuminiz. Esfuérzeos Dios, y ayúdeos con su ayuda á vos el ermitaño Poblet, aquel que habita en la partida de Lardeta. Esfuérzeos Dios, y ayúdeos, y os faga cercano á su misericordia la grande. En lo cual vos fuisteis preso en la villa de los moros en el tiempo de la guerra, y por vuestra dignidad y gracia, que Dios os quiso hacer, fuisteis vuelto á vuestra ermita.

«Por ende yo el dicho Rey Almira Almuminiz vos fago gracia de todas estas montañas y sierras, que son en esta partida para vos, y para quien vos querreis distintamente, sin ninguna revocacion. Y que ningun moro sea osado de ir contra la dicha mi donacion, so pena de la vida. Otro sí, vos aseguro que ninguno de los míos, ni menos otros moros que sean, no sean osados á damnificar vuestra persona ni cosas vuestras. Y así lo firmo con mi firma honrada y juro á Dios de no ir contra lo que vos he prometido. Y pongo á Dios por testigo, aquel que no hay otro Criador sino él.»